

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

textos y documentos

AHORA

-¡por fin!-, so-
mos nosotros

los que dirigimos la
guerra. LA GUERRA
QUE VAMOS A GA-
NAR EN EL AÑO
1938.

(De nuestro comentario "El año de
la victoria").

Número 337

Barcelona, 4 de Enero de 1938

Av. 14 de Abril, 556

EL AÑO DE LA VICTORIA

El enemigo, como era de esperar, reaccionó en Teruel con furia. Esa reacción ha determinado un vigoroso y dramático recrudecimiento de la batalla, que se agotaba, después de nuestra rápida victoria, hasta degenerar en una crisis que sólo hacían algo interesante unos episodios de orden secundario.

Al proceder de tal manera, el mando rebelde y sus exóticos e imperiosos asesores confiesan por segunda vez, mal de su grado, su fracaso rotundo. La primera condición del éxito, ya en una pugna estratégica, bien en una acción táctica, es imponer la propia voluntad al adversario. Y eso estamos haciendo desde el 15 de diciembre. Mientras los rebeldes y sus auxiliares exóticos preparaban, con gran estruendo periodístico y radiofónico, sus misteriosas ofensivas irresistibles, nosotros, calladamente, silenciosamente, montamos una operación de gran estilo allí donde consideramos que nos convenía hacerlo, y desde aquel momento, estamos maniobrando a los orgullosos generales facciosos y a sus mentores técnicos de Roma y de Berlín. Lógicamente pensando, era de suponer que unos y otros se resignarían con lo inevitable y sabrían perder y aceptarían el contratiempo. De ese modo, reservaban sus medios para un desquite en otro paraje vital del frente. Ludendorff hubiera procedido así. Falkenhayn también. Cuando éste preparaba el gran asalto a Verdun, la presión franco-inglesa en el Artois, que anunciaba la batalla del Somme, no le hizo mudar de propósitos. Cuando aquél organizaba su embestida del 21 de marzo contra el Ejército inglés de Sough, la lucha atroz de Paschendaele, en Flandes, y el golpe anterior francés de la Malmaison, no mudaron sus planes.

Nuestros facciosos, cipayos, al fin y al cabo, de sus jefes romanos y berlineses, no son gentes capaces de proceder con semejante firmeza de espíritu. Esclavos del triunfo inmediatamente cotizable, del comunicado hiperbólico, que hay que rellenar de nombres y de cifras, sacrifican la eficacia al relumbrón, es decir, a lo que ellos denominan «el prestigio».

La segunda batalla de Teruel, que nos sorprendió un momento, va tomando ya sus naturales características. Nada más lejos de nosotros que hacer calendarios de orden bélico. Pero sí debemos hacer notar que el año empieza admirablemente para la República. Los rebeldes han llevado a las orillas del alto Turia gentes y material que tenían en otros lugares y que estaban destinados a otras empresas. De ello nos congratulamos. Ahora —¡por fin!—, somos nosotros los que dirigimos la guerra.

La guerra que vamos a ganar en el año 1938.

La prensa franquista se ve obligada a cambiar de tono Por ahora arremete contra "el mal tiempo"

París, 3. — El viernes pasado, los periódicos franquistas, como «Le Jour», «L'Epoque», «L'Action Française» y «Le Journal», anunciaban no sólo la toma de Teruel por los facciosos, sino que cuarenta o cien mil republicanos estaban cercados y que los facciosos habían tomado centenares de tanques, millares de cañones, decenas de millares de ametralladoras. El sábado continuaron las fantásticas informaciones de este tipo. La propaganda franquista trataba de hacer pasar una buena noche de primero de año a los fascistas internacionales. El primero de enero, «Le Jour» decía en un despacho fechado en Bayona, naturalmente, que «mientras Franco consolidaba sus posiciones en Teruel y en su periferia, el enemigo se retira, bajo un diluvio de metralla, en dirección de Castellón de la Plana y Valencia, huyendo hacia el mar, pero están por completo rodeados, que no les queda ninguna posibilidad de salida. Durante la noche la mitad de sus efectivos han sido destruidos». Estos señores, que se cansaron de decir, lo mismo que la prensa fascista italiana, que Teruel no había sido nunca ocupado por los republicanos, aseguraban ahora que Teruel había sido recuperado por los facciosos. Después de decir que Teruel estaba completamente destruido y no quedaba en pie ni una casa, lanzaban ahora la noticia de que en todas las ventanas de las casas de Teruel había banderas monárquicas y la población manifestaba su entusiasmo por los facciosos. «Le Matin» ha llegado a decir que los facciosos habían hecho prisionero al jefe del Estado Mayor, general Rojo, apoderándose, no sólo de una cantidad enorme de material, sino también de documentos secretos. «L'Action Française» deliraba en sus comentarios. Pero esta mañana la prensa ha cambiado de tono. «Le Jour» dice que hay un metro de nieve, que las operaciones son muy difíciles, que todavía quedan republicanos en Teruel, y toda la prensa franquista

coincide en que «la batalla de Teruel continúa siendo difícil, a causa del mal tiempo».

Pasado el primero de año, se ha acabado el entusiasmo de la propaganda facciosa y de cierta prensa internacional. «L'Echo de Paris», otro periódico franquista, publica hoy una crónica de su enviado especial — en Perpignan, naturalmente —, en la que dice: «El estado del terreno es tal, que los tanques no se pueden utilizar. Las condiciones atmosféricas impiden que actúe la aviación. En estas condiciones el avance tiene que ser lento, y mucho más cuanto que los combatientes de una y otra parte dan iguales muestras de valor y se dejan matar antes que abandonar sus posiciones». Todos los periódicos franquistas publican una noticia de Berlín, según la cual la prensa nazi exalta un triunfo de los facciosos y dice que se han encontrado documentos que «demuestran la importantísima participación en este triunfo de la aviación italiana».

Se
autoriza
la reproducción
de cuanto se publica en
este
DIARIO

El bombardeo pirata del sábado

Por el Ministerio de Defensa Nacional ha sido facilitada la siguiente nota:

«El día primero, minutos antes de las siete de la tarde, aviones procedentes de Palma de Mallorca, que vinieron volando a gran altura, descendieron en vuelo planeado sobre Barcelona para que no se descubriese su presencia por el ruido de los motores, y arrojaron sobre el casco urbano de la ciudad varias bombas. Las víctimas ocasionadas por esta agresión, y registradas hasta la mañana de hoy, eran de 49 muertos y 60 heridos.»

En la España fascista

Graves desórdenes en S. Sebastián, Vitoria, Valladolid, Gijón, Burgos, Ceuta y Tetuán

París. — El malestar entre la población civil del territorio rebelde español y la rivalidad cada vez más acentuada entre falangistas y requetés se hacen cada vez más ostensibles y más tumultuosos.

Entre los días 16 al 18 de diciembre, se produjeron graves desórdenes en San Sebastián, Vitoria, Valladolid, Gijón, Burgos, Ceuta y Tetuán, revistiendo en algunas de estas capitales bastante importancia.

En varios sitios se paralizó la vida civil y la población atravesó períodos de gran terror.

Un viajero que en estos días consiguió llegar a Francia, manifestó que la vigilancia es rigurosísima y la censura que se ejerce, en extremo meticulosa. Debido a estos desórdenes, se efectuó el cierre de fronteras, que aún persiste.

Mussolini y la Sociedad de Naciones Y el viaje de Delbos a Europa central

Las dificultades casi insuperables con que tropieza Mussolini, le obligan a aprovechar el menor pretexto para tratar de demostrar al pueblo italiano que su política es fecunda en logros y que sólo laureles recoge.

Actualmente, la prensa fascista tiene el encargo de promover gran algarazara a propósito de las repercusiones que pueda tener en Europa la salida del Duce de la S. de N.

Comienza atribuyendo gran valor al discurso de Motta, el cual ya nosotros analizamos y juzgamos como se merece. El hecho de que la Confederación helvética se separe del pacto de seguridad colectiva le produce gran regocijo. Como si este fuese un hecho nuevo y como si la Suiza de Motta no hubiese dejado ver, desde hace varios meses, su voluntad de quebrantar la seguridad colectiva y de presentarse como campeón de la abolición o, por lo menos, del debilitamiento del artículo 16. Por lo demás, ya en el asunto italo-etíope siguió a disgusto a las grandes potencias; y el poco celo que desplegó en la aplicación de las sanciones había ya sorprendido desagradablemente a todos los que todavía podían creer que Suiza estaba dirigida por un gobierno democrático.

A Mussolini, se le ofrecen otros dos motivos de alegría, de la cual tanta necesidad tiene, tanto por la situación económica de su país, como por los obstáculos militares con que tropieza en Etiopía... y en España.

Nos referimos a la actitud de los Países Bajos y del Estado Libre de Irlanda.

Es sabido que Patjin, ministro de Negocios Extranjeros de Holanda, ha afirmado su intención de reconocer al rey de Italia como emperador. Esta decisión no ha

dejado de sorprender a los que recuerdan la actitud de los Países Bajos y, en especial, de su representante, el *jonkeer* de Greef, en el conflicto italo-etíope. Examinando a sangre fría ese cambio de política, se convence uno más de los motivos que existen para juzgar severamente la política de Laval, fecunda en toda clase de desastres.

Pero he aquí, además, que Irlanda pretende seguir el ejemplo holandés. O'Kelly, vicepresidente del Estado Libre, está actualmente en Roma y celebrará conferencias con Mussolini y el conde Ciano. El motivo del viaje no ha sido precisado; pero como de Valera proclamó su voluntad de acreditar un ministro «cerca del rey de Italia y emperador de Etiopía», es fácil determinar el alcance del viaje de O'Kelly.

Al fin y al cabo, todo esto no tiene una importancia capital. Para el amo de Italia, estas no son sino victorias aparentes, que sólo sirven para ocultar algunos amargos desencuentros. En las sesiones de la S. de N. se llegará pronto al convencimiento de que la maniobra de los estados totalitarios no tendrá las consecuencias que éstos esperan. Como ha dicho «Le Populaire», el viaje de Delbos a Europa central no dejará de producir algunos resultados felices a ese respecto; por lo menos, habrá hecho reflexionar a algunos impacientes que se preparaban a alistarse en la cohorte de los adversarios de la seguridad colectiva.

Si Francia e Inglaterra saben hablar con firmeza, nada se habrá perdido. Contra sus voluntades conjugadas, las alharacas de la prensa fascista serán sólo viento.

Louis LEVY

(«Le Populaire», 25-XII-37.)

La correspondencia secreta del nazismo en España

El espionaje alemán tenía una red de emisarios con atribuciones bien definidas en relación permanente con los jefes políticos españoles de extrema derecha

En Barcelona y en Madrid—dice en «L'Œuvre» Jean Castet—se han recogido millares de documentos que prueban la intervención directa y activa del nazismo en España desde épocas muy anteriores a la sublevación militar.

En Londres acaba de editar V. Gollanez un análisis minucioso de estos «dossiers», ilustrado con fotografías. La obra, original del alemán O. K. Sinion, se titula «The Nazi Conspiracy in Spain».

El libro contiene revelaciones sensacionales. Antes de que Hitler asaltara el poder, el partido nacionalsocialista había creado en España organizaciones extremadamente ramificadas. Y existía una extraña colaboración entre los agentes clandestinos y los diplomáticos oficiales.

Y los políticos españoles de extrema derecha.

El año 1930 empezó a funcionar en Portugal una organización secreta que fundó e impulsó Friedhelm Burbach.

Sirviéndose de la venalidad de la prensa portuguesa, desencadenó una campaña de difamación contra el «Gobierno judío-alemán»; contra su propio Gobierno. La embajada le servía de lista de correos y de centro de información, al mismo tiempo que le daba la autoridad del cargo.

La República de Weimar era traicionada por sus diplomáticos.

PREPARANDO POSICIONES

Después del 30 de enero de 1933, este diplomático alemán en Lisboa, marcha a Berlín. Va a dirigir asuntos más importantes.

Y el día 12 de junio de dicho año, Walter Zuchristian—que cuida del espionaje español—le escribe desde Madrid:

«Nos reservamos. Por el momento estamos quietos, pero preparamos nuestras posiciones. Y cuando llegue el momento, todas nuestras secciones—no tenga cuidado—se hallarán a punto.»

Y el 12 de agosto el mencionado Burbach contesta a Zuchristian:

«El movimiento en España puede contar con importantes subsidios.»

En efecto, la Tesorería del Estado está abierta al partido.

Al llegar Gil Robles al poder, los tiempos mejoraron para la acción hitleriana. Zuchristian estableció una relación permanente entre sus secciones y los jefes políticos españoles de extrema derecha. Y muchos fascistas fueron a Alemania a hacer un «período de instrucción».

GIL ROBLES A LAS ORDENES DE LOS NAZIS

Gil Robles fué invitado al Congreso de Nuremberg. Los nazis de España se organizaron militarmente, con armamentos de contrabando, consignas secretas, tribunales interiores.

Los jefes responsables tenían que renovar su juramento anualmente. Recibían del Führer el título de «Hoheistrager».

Los diplomáticos alemanes no eran ya para ellos cómplices benévolos, sino subalternos dóciles.

Esta subordinación la confirma una circular confidencial, fecha 28 de febrero de 1934, firmada por E. W. Bohle, jefe de la «organización nacionalsocialista, de los alemanes en el extranjero», y también una carta muy concisa que con fecha 17 de junio de 1936 dirigió un tal Helffermann, «Hoheistrager» de Barcelona,

a Beisel, vice-cónsul en San Sebastián.

El «Hoheistrager» estaba provisto de un salvoconducto librado por la embajada. Y la valija diplomática a su disposición.

COMO ACTUABAN LOS ESPIAS

La Reichswehr, la Gestapo, el Ministerio de Propaganda, el partido nacionalsocialista y la organización de los alemanes en el extranjero—, todos, siendo unos y los mismos—, tenían en España una red de emisarios cuyas atribuciones estaban perfectamente definidas. Estos agentes secretos obraban de acuerdo y se vigilaban mutuamente. Su correspondencia, cuya lectura es muy interesante, revela, tanto como una colaboración estrecha, las rivalidades e intrigas existentes entre ellos. Y encuentran en dicha correspondencia las delaciones y las acusaciones de homosexualidad acostumbradas entre los nazis.

Los cónsules estaban encargados, con especialidad, de importar, clandestinamente, prospectos y folletos de propaganda editados en español. En varias cartas confidenciales se habla de ese contrabando. El secreta-

rio de la sección de Sevilla escribía, por ejemplo:

«La primera vez todo ha ido bien. Draeger y yo fuimos a buscar los paquetes al barco», etc.

Este Draeger no es otro que el cónsul de Alemania en Sevilla. La carta lleva fecha del primero de noviembre de 1935.

CIRCULAN LAS ARMAS ALEMANAS

En aquella época los partidos de izquierda se afianzaban. Esto era un tormento para los agitadores alemanes.

Su correspondencia era más prudente.

En febrero de 1936 triunfa el Frente Popular. Los agentes del Reich están cada vez más nerviosos. Un circular da la clave de los próximos mensajes: los Arios serán el grupo I; los miembros del Partido, el grupo 50, etc.

Karl Tubbesing, delegado del Ministerio de Propaganda, hace una visita de inspección a España. De regreso a Berlín, el 21 de mayo, escribe que «ha tenido una larga entrevista con Herr G...», el cual se queja de que las cosas no van de

prisa, ni en España, ni, sobre todo, en Francia»...

Este Herr G... es Goebbels mismo.

La carta está dirigida al señor Juan Gunz, agente comercial en Barcelona de la firma berlínesa Teubert.

El señor Gunz instala molinos de viento sobre las colonias de Cataluña. Pero en su correspondencia trata siempre de patatas. Es que en esta época las armas alemanas circulan mucho por España, y los permisos de los coches están extendidos para el transporte de «patatas tempranas».

El 7 de marzo Teubert escribía, desde Berlín a Gunz: «He visto al doctor Sartoris. Cree que todo irá bien para la importación de patatas.»

TAMBIEN EN MARRUECOS

La campaña se hacía al mismo tiempo en Marruecos. Entre la propaganda editada en Alemania y enviada a estos espías, se pueden ver los folletos escritos en árabe, que se distribuyeron primero en el protectorado español y luego en el francés.

En uno de estos folletos se lee:

«El judío os devora como los parásitos devoran los rebaños. Es agente de Francia, a la que representa.

«Alemania lo encierra o lo expulsa. Marroquíes, si no fuérais esclavos de Francia, obraríais de la misma forma.»

Para españoles, todos estos documentos no tienen más que un interés histórico. Pero pueden ser de gran provecho para el servicio francés de contraespionaje.

En cuarta página

Dramático balance de un año

que se cubre con una manta; a nuestras preguntas responde:

—Me la entregó uno de los soldados republicanos que nos capturaron.

Luego, hacemos la misma pregunta a otro que vistió un recio chaquetón y a un tercero que va embutido en un capote fuerte, pardo.

Todos nos contestan con idéntica respuesta, que es la demostración del impulso humanitario de los combatientes de la libertad. La breve explicación viene a describir una de tantas escenas. En el grupo de facciosos que acababan de caer prisioneros, temblaban de frío los más débiles; a algunos, desprovistos de camisa, se les veían las carnes a través de los desgarrones de sus deterioradas guerreras. Los soldados de la República repararon en ello y les hablaron con acento de conmiseración.

—Toma esto —decía uno, despojándose del capote y entregándole a un prisionero.

—¿Y tú? —objetaba el favorecido.

—Yo voy bien abrigado; anda, pónlelo, si no quieres helarte.

Otro soldado leal imitaba a su compañero y se quitaba el chaquetón, poniéndolo en manos de otro prisionero.

—A mí me sobra esta chaqueta. Anda, para ti.

Y así otros. Los prisioneros nos relatan estos episodios y al hablar se les humedecen los ojos de emocionada gratitud. Ellos, que creyendo lo que sus jefes les habían anunciado, esperaban ser asesinados al caer en poder de los «rojos»!

Es la hora del mediodía y les va a ser servida la comida a los prisioneros. Entramos en la gran cocina de este monasterio, habitado como depósito número 2 de prisioneros, y presenciamos la distribución de las raciones. Constan éstas de dos platos —uno de ellos de carne— y, además, una ensalada y fruta.

—¿Esta es la comida ordinaria?

—Sí. La cena es igual. Además, por la mañana los prisioneros desayunan con café.

Estas manifestaciones del Director son corroboradas por los soldados.

Cuando, poco después, abandonamos el monasterio, quedamos allí los prisioneros que, formando corrillos, comen con la avidez del apetito insatisfecho durante mucho tiempo. Limpios, rasurados, bien vestidos, han renacido esos hombres al optimismo. Y es que sobre ellos se proyecta, como un supremo don, la realidad democrática del espíritu magnánimo de la República.

Como trata la República española a los prisioneros de guerra

Es una transformación que se repite con la exacta regularidad de una mutación teatral, reiteradamente practicada.

Ante una casa en la plaza del pueblo, llega tiritando de frío un grupo de hombres con aspecto de mendigos, trashumantes, las barbas crecidas, casi descalzos y mal cubiertas sus carnes ateridas bajo unos harapos con reminiscencias de uniformes militares. Guiados por unos soldados, transponen la mampara de cristal que cierra la puerta y penetran en el interior del edificio.

Transcurre poco más de media hora. Aquel grupo reaparece tan cambiado que, al punto, se duda de que sea el mismo de antes. Los hombres, cortados los cabellos, rasurado el rostro, vestidos con traje nuevo, color azul y calzados con blancas alpargatas flamantes, con suela de goma, demuestran ahora un remozamiento que trasciende a limpieza y a higiénico aseo.

Desaparece el grupo calle arriba y pronto viene otro que penetra en la misma casa que aquél ha abandonado hace un momento. Se repite la transformación.

Un funcionario de prisiones nos explica el caso. Aquellos hombres son prisioneros de guerra, que al ser capturados por el Ejército republicano en el frente de Teruel, presentaban el triste aspecto de una tropa desasistida por las autoridades facciosas que la habían utilizado. Famélicos, andrajosos, martirizados por la picazón de enjambres de insectos parásitos, llevando en su hedionda suciedad el germen de las dolencias infecciosas, eran la representación de una miserable masa combatiente, dirigida por los engolados jefes fascistas, que conceden más atención al armamento que al hombre, al que tratan con desdénosa actitud.

La República, al tener en su poder a aquel detritus guerrero, se ha apresurado a proporcionarles las ventajas sanitarias del hombre civilizado, comenzando por una tarea de desinfección, seguida bajo el control de varios médicos.

A uno de los prisioneros, Antonio Escuer Ginesta, le hemos interrogado:

—¿Todos los soldados del Ejército faccioso ofrecen el mismo aspecto de miseria?

La respuesta del muchacho hace pensar en un baldón más: el proceder antipatriótico de los traidores a la República. Dice así el prisionero:

—Todos, no. Los italianos y los alemanes comen y visten mejor; algunos hasta tienen dinero. De los españoles movilizados, no se preocupa nadie, como si fuéramos perros vagabundos.

Nos mueve a lástima la ingenuidad de este soldado que, mezclado con los invasores que luchan contra España, se ha visto en su propia tierra despreciado y humillado ante los mercenarios extranjeros.

Hemos penetrado en la casa en donde se opera la sorprendente transformación en los grupos de prisioneros.

El local está dividido en varios compartimentos, instalado cada uno de éstos para un fin distinto: el uno es en el que los recién llegados se despojan de los harapos que componen su maloliente vestimenta, que es quemada inmediatamente en un patio contiguo; en otros departamentos están los baños y duchas de agua caliente, los sillones donde se les corta el pelo, se les afeita y se les lava la cabeza. Después pasan los prisioneros a una amplia estancia, en donde se les proporciona ropa nueva: camisas, cal-

zoncillos, calcetines, alpargatas y el traje de americana azul.

Claro que los hombres que allí vemos son los que todavía no han sentido perdida su salud por la suciedad y el abandono. Los mismos prisioneros nos dicen que con ellos han venido enfermos y heridos, que han sido trasladados a los hospitales.

El prisionero Eulogio Vergel dice súbito, al recordar a sus compañeros heridos, a los que ha hecho referencia:

—Todos ellos lo han sido por la propia artillería fascista.

—¿Cómo fué eso?

—Pues que cuando las fuerzas republicanas nos llevaban evacuados a la retaguardia, los artilleros facciosos, que estaban en una loma, dispararon contra nosotros. Es decir, que primero nos trataban como a bestias, y luego, al vernos amparados por los republicanos, querían acabar con nosotros.

En uno de aquellos grupos de soldados facciosos con traza de pordioseros, vemos a algunos que llevan puestas diversas prendas de abrigo. Interrogamos sobre esto al oficial de prisiones. ¿A qué son debidas estas excepciones? El militar nos responde que es interesante que los mismos soldados facciosos nos lo digan. Nos dirigimos a un prisionero,

Las informaciones que publica este DIARIO, responden siempre a la veracidad más estricta

Del Dodecaneso a las Baleares

El 25 aniversario de la ocupación del Dodecaneso por Italia

El señor Neville Chamberlain, primer ministro británico, hablando el 21 de octubre de 1937 en la Cámara de los Comunes de la opinión, según la cual, al terminar la guerra de España, Italia se quedaría con las Baleares, dijo que esta opinión «no tenía fundamento». Declaró que aceptaba por completo las seguridades italianas dadas el 15 de octubre al embajador de la Gran Bretaña de que Italia no tenía la intención de atacar contra la integridad del territorio español. «Estimamos estas declaraciones como sinceras—prosiguió el señor Chamberlain—. No tenemos por qué considerar la situación como grave. Felizmente, las cosas no se hallan en ese punto...»

Tratábase de la ocupación de las Islas Baleares por Italia. A este propósito, no deja de tener interés recordar la historia de algunas otras islas del Mediterráneo, especialmente de las del Dodecaneso. Esta historia puede proyectar alguna luz sobre la política agresiva de Italia en el Mediterráneo.

El 17 de abril de 1912, el duque de Avarna, embajador de Italia en Viena, comunicó «de una manera confidencial» al conde Berchtold, ministro de Negocios Extranjeros de Austria-Hungría, que el Gobierno italiano, con el fin de terminar tan pronto como fuera posible la guerra con Turquía, tenía la intención de ocupar tres islas del archipiélago del Dodecaneso: la de Rodas, la de Carpatos y la de Astropalia. «El Gobierno italiano—añadió el duque de Avarna—garantiza que la ocupación de estas islas no es sino una medida provisional, pero insiste, sin embargo, en que se guarde acerca de esta declaración el mayor secreto.» El conde Berchtold contestó que no tenía nada que objetar con respecto a la ocupación por Italia de una isla cualquiera, pero a condición de que Italia se comprometiese a que esa ocupación tuviera un carácter enteramente provisional. El 20 de abril, los italianos se posesionaron de la isla de Samos; en seguida ocuparon la isla de Astropalia y el 4 de mayo, la isla de Rodas.

Habiendo tenido conocimiento, por medio de la prensa, de que Italia había ocupado, además de Rodas y Astropalia, un grupo de pequeñas islas, el conde se descontenta porque esta circunstancia hubiera pasado en silencio, y rogó al Gabinete de Roma que diera una confirmación por escrito del compromiso contraído por él de evacuar todas estas islas al terminar la guerra. Este ruego produjo, a su vez, gran descontento al señor de Avarna, quien estimaba que su palabra de duque era suficiente para el gobierno aliado de Austria-Hungría.

Se establecieron dos proyectos de acuerdo austro-italiano referentes a las islas del mar Egeo, un proyecto austriaco y un proyecto italiano. La discusión de estos proyectos degeneró en una controversia a la que Berchtold puso fin bruscamente a últimos de junio. Declaró que tomaba nota de la declaración verbal de Avarna referente al compromiso tomado por Italia de restituir a Turquía las islas ocupadas, pero que prevenía que la ocupación de otra isla cualquiera obligaría a Austria-Hungría a exigir compensaciones.

Tal es la marcha de las explicaciones del Gobierno italiano con sus aliados, según lo testimonian los documentos del Ministerio de Estado de Alemania. (1) Veamos ahora lo que ocurría en Londres en esa época. El 28 de junio de 1912, el embajador de Italia visitó a Sir Edward Grey y le entregó la lista de los seis «rumores» que circulaban y cuya naturaleza inquietaba al Gobierno italiano. En primer lugar figuraba el de que el Gobierno británico había asegurado a los turcos que las islas ocupadas por Italia serían devueltas a Turquía. Grey desmintió los seis «rumores».

El primero de julio, Grey recibió contestación a la pregunta que dirigiera el 13 de junio al Almirantazgo británico referente a la ocupación por Italia de las islas del mar Egeo. Esta contestación contenía las tres siguientes: la condición principal de la seguridad de los intereses ingleses en el Mediterráneo oriental es que «ninguna gran potencia marítima ocupe territorio o puerto alguno al Este de la isla de Malta». Por lo que se refiere a la retención de algunas islas por Italia, «la posición geográfica de estas islas es tal—dice la respuesta—que daría a la potencia que las poseyera y que tuviese una flota, el medio de dominar el comercio de Levante y del mar Negro y amenazar en medida jamás comprobada todavía nuestra posición en Egipto... El hecho de que Italia posea bases marítimas en el mar Egeo constituye una amenaza para nuestras posiciones de Egipto, nos priva de los medios para asegurar el comercio de Levante y del mar Negro y, en caso de guerra, hace de nuestra ruta a Oriente por el canal de Suez un campo de operaciones para Italia y sus aliados... Por tanto, termina el Almirantazgo, debemos oponernos resueltamente a la ocupación permanente, por parte de Italia, de ninguna isla del mar Egeo. Se debe igualmente invitar

a que se unan a nuestra protesta todas las potencias firmantes de los tratados que regulan la navegación en los Dardanelos».

Este aviso fué reproducido íntegramente en los *British Documents on the Origins of the War*, volumen IX, págs. 415-416.

La guerra italo-turca se terminó. El 15 de octubre de 1912 fué firmado en Lausanne un tratado de paz, según el cual (art. 2) Italia se comprometía a retirar de las islas del mar Egeo, ocupadas por ella, a sus oficiales, a sus tropas y a sus funcionarios, tan pronto como Turquía hiciera lo propio con respecto a Tripolitania y Cirenaica.

Pasó un año. El 29 de noviembre de 1913, Grey se dirigió a las potencias, de acuerdo con Francia y con Rusia, para proponerles restituir a Turquía las islas del mar Egeo ocupadas por Italia en 1912, con la condición de que Turquía les concediese la autonomía. El Gobierno italiano se declaró dispuesto «a anticiparse a las potencias de la triple entente», pero con la condición de que se le concediese una compensación en la provincia turca de Adalia, en Asia Menor. Esta compensación no podía concederse a Italia sino a expensas de la limitación de derechos a los concesionarios ingleses. Además, Italia puso otra condición: que Turquía pagase una indemnización para cubrir los gastos de ocupación de las islas, o dicho en otros términos, ¡por la violación italiana del tratado de paz!

En febrero de 1914, Italia, apoyada por Austria-Hungría, puso una tercera condición para evacuar las islas: ¡la evacuación por parte de Grecia de la parte meridional del Epiro!

Empezó la guerra mundial. En las conversaciones con los Gobiernos de la entente, Italia puso, desde el principio, como condición a su adhesión, que le fuera asegurada la posesión del Dodecaneso. El artículo 8 del acuerdo de Londres de 26 de abril de 1915 entre Italia, por una parte, Inglaterra, Francia y Rusia, por otra, decía que «Italia obtenía la soberanía íntegra sobre las islas del Dodecaneso que ocupaba en la actualidad».

Los actos arbitrarios y las crueldades que había cometido Italia en aquellas islas la pusieron en una situación difícil en la conferencia de la paz de 1919, a la cual los desgraciados habitantes de las islas no cesaban de dirigir sus quejas. El Gobierno italiano decidió matar dos pájaros de un tiro: «satisfacer a la opinión pública» y atribuirse, como recompensa a esta «satisfacción» nuevos beneficios a expensas de Grecia. A tal efecto, firmó el 21 de julio de 1919 un tratado con Grecia, según el cual, a cambio de Albania, de la esfera de influencia italiana en Asia Menor y del reconocimiento de la isla de Rodas como posesión italiana, Grecia «obtenía» algunas pequeñas islas del Dodecaneso. Según un artículo secreto, Grecia tenía la promesa de que se organizaría un plebiscito en la isla de Rodas, pero únicamente en el caso de que Inglaterra cediera a Grecia la isla de Chipre.

El 22 de julio de 1920, Italia estimó que la opinión pública estaba suficientemente satisfecha de su magnanimidad y declaró no existente el tratado de 21 de julio de 1919, porque no había conseguido realizar sus deseos en Asia Menor.

El tratado de Sevres de 10 de agosto de 1920, fué completado por un acuerdo italo-griego relativo a la cesión, por parte de Italia, del Dodecaneso a Grecia, a excepción de la isla de Rodas, con la misma reserva acerca del plebiscito en esta isla en el caso de que Inglaterra renunciara a la isla de Chipre.

El 25 de septiembre de 1922, Italia declaró no existente este acuerdo, ya que el tratado de Sevres, en su totalidad, había perdido su vigencia.

Podemos terminar este bosquejo histórico con una cita tomada de una tesis doctoral presentada en la Facultad de Derecho de la Universidad de Heidelberg en 1926:

«El Gobierno fascista italiano ha emprendido el armamento del Dodecaneso con un celo extraordinario y una energía de hierro. De aquellas islas pacíficas ha hecho un nuevo Heligoland. Las bocas de los cañones asoman por todas partes. El Dodecaneso en manos de Mussolini amenaza no sólo a los ingleses en Egipto, sino también a los franceses en Siria. Al mismo tiempo tiene bajo su amenaza a Anatolia, situada a una distancia de dos kilómetros de la isla de Castellorizo.» («Der Dodekanes», eine völkerrechtliche Untersuchung v. Anthony Tsakalakis, Heidelberg, 1926, Ss. 80-81.)

Esta es la historia de la ocupación por parte de Italia de esas posesiones importantísimas del Mediterráneo oriental. Tenemos, pues, motivos para temer que el optimismo del señor Chamberlain con respecto a las intenciones de la Italia fascista en la parte occidental del Mediterráneo no soporte la prueba de la historia, y ello en un porvenir bastante próximo.

E. ALEXANDROV

(«Le Journal de Moscou», 21-XII-37.)

Prácticas alemanas juzgadas por el Papa

No ha faltado ni parece que faltará la brutalidad y la violencia ni los pretextos basados en la falsedad y la mentira. Y los católicos soportan la sustitución de la enseñanza; la ley de la esterilización, la esclavitud de la prensa y la «iglesia hitleriana»

Las palabras pronunciadas recientemente por el Papa ante los miembros del Sacro Colegio, suponen una alocución solemne sobre la persecución desencadenada en Alemania contra la Iglesia católica. El conflicto se agravó de modo singular después de haberse firmado el Concordato, negociado por von Papen, cuya aplicación dió lugar a interpretaciones totalmente diferentes por ambas partes, especialmente en lo que se refiere a la independencia del clero y a la formación moral y religiosa de la juventud. En realidad, la enseñanza en la escuela pública del Reich está basada en la doctrina racista y nacionalsocialista.

En la primavera pasada, Pío XI, en una encíclica, ya había levantado su voz contra el régimen nacionalsocialista y la religión de la raza. A raíz de esto el gobierno hitleriano inició una violenta campaña contra el clero católico y los establecimientos religiosos; se abrió una serie de procesos contra sacerdotes, de carácter escandaloso, y, por último, se declaró oficialmente que las relaciones con el Vaticano «habían cesado de ser normales». Incluso llegó a estudiarse, por indicación del Nuncio, la conveniencia de romper las relaciones entre el Reich y la Iglesia romana. Muchos obispos alzaron su protesta y a ella contestó el poder nacionalsocialista con medidas de rigor que tienden a la destrucción de las bases morales de toda religión cristiana.

Las palabras pronunciadas por el Papa han sido severas. A la persecución iniciada—ha dicho—no ha faltado ni parece que faltará la brutalidad y la violencia, ni los pretextos basados en la falsedad y la mentira. Defendiendo a la Iglesia, dijo después: «Queremos únicamente que en la vida cívica, en la vida colectiva, en la vida social, sean respetados los derechos de Dios, que son al mismo tiempo los derechos del hombre.»

Los católicos han tenido que soportar en Alemania, una tras otra, la ley de la «esterilización», la esclavitud de la guerra católica, y decretos que clasifican las asociaciones católicas dentro de una categoría particular, quitándoles los beneficios del derecho común. Para decidir sobre el mantenimiento o sobre la supresión de las escuelas católicas, los jefes nacionalsocialistas inventan unos plebiscitos locales y las familias votan dócilmente los deseos del Führer. Se acusa a los religiosos de exportar capitales, después de complicidad con los comunistas o de traición. El obispo de Spire fué molestado por haber enviado al cardenal Pacelli informes desfavorables al nacionalsocialismo, y todas las altas dignidades de la Iglesia en Alemania fueron intervenidas y vigiladas.

Las firmes palabras pronunciadas por el Papa ¿precipitarán la crisis? No es probable, ya que el poder hitleriano no tiene ningún interés en proclamar, a plena luz, su conflicto con el Pontífice, y se sabe que la consigna romana es la de no tomar nunca la iniciativa de una ruptura. Pero a medida que se define y se organiza, en Alemania, la religión de la raza, a medida que el dictador acentúa su pretensión de dominar las almas del mismo modo que las cosas materiales, la brutalidad del poder civil y del poder religioso se manifestará abiertamente. Si las iglesias sucumbieran en Alemania—la

Iglesia católica y la Iglesia hitleriana sometidas a análoga prueba—, la omnipotencia de Hitler no encontrará más límites que los de las fuerzas revolucionarias que posiblemente se están formando bajo la apariencia ordenada del régimen.

El Führer se inclina a fundar una religión de Estado; quien pase revista a su política respecto a los católicos, desde 1933, no puede dudar de ello. Pero, para llevar a cabo este intento, parece resuelto a abstenerse de todo ataque violento y directo, utilizando en cambio la contemporización. Soslaya de modo sistemático todo ataque de frente. En 1936, el gobernador de Baden, que había conferenciado con el canciller, lanzó esta fórmula: «¡Criminales y no mártires!», y ha sido aplicada con una continuidad singular.

Si la ofensiva hitleriana ha podido ser llevada tan lejos, es porque gran número de católicos alemanes, opuestos a la República de Weimar, y a la cooperación del centro con los elementos de izquierda, han simpatizado frecuentemente con los nazis. Entre ellos ocupa el primer lugar von Papen, autor de la revolución de enero de 1933, que llegó a considerarse con fuerzas para contenerla y explotarla según sus conveniencias.

Hitler ha encontrado defensores hasta entre los obispos. El cardenal Faulhaber, arzobispo de Munich, quien, ya en 1933, se alzaba contra la teoría totalitaria, al principio no fué seguido por todos. El arzobispo de Fribourg, Mgr. Groger, y el obispo de Osnabruck, Mgr. Berning, persistieron mucho tiempo en la ilusión o la complacencia. Este escribía: «No debemos engañarnos sobre la fuerza del movimiento nacional como en el tiempo de la Reforma. Debemos aceptar los hechos antes de que sea demasiado tarde.» Del mismo modo, los oportunistas, tales como Mgr. Kaas, el leader del centro, desempeñaron su papel, sordos a las advertencias del canciller Brüning, que, por su parte, no vaciló jamás.

Esto pertenece al pasado. Ahora las discrepancias desaparecen. El Estado tolera algunas asociaciones, mientras éstas se abstengan de toda actividad política. Pero presa en su propia red, el clero lucha contra los que se llaman amigos suyos y luego los esclavizan.

El libro de un periodista inglés, que vivió en el campo faccioso

París, 3.—«L'Œuvre» publica un artículo en el que comenta el libro de Artur Koestler, corresponsal del «News Chronicle», que fué detenido por Franco. El comentarista hace notar que Koestler ha sido el único corresponsal de un periódico liberal europeo que haya vivido en el campo faccioso. Koestler, en su «Spanish Testament», describe sus impresiones del frente faccioso y del tiempo que pasó encarcelado por los rebeldes.

La prensa inglesa, incluso el conservador «Daily Telegraph», periódico favorable a Franco, dice que este libro representa «uno de los documentos humanos más notables de estos últimos años», y el «New Statesman» declara que se trata de un libro clásico. El libro, que es una acusación severa y precisa contra los facciosos y sus aliados extranjeros, está teniendo un éxito enorme en Inglaterra.

(1) «Die Grosse Politik der Europäischen Kabinete, 1871-1914», 30 Band, Zweite Hälfte, S. s. 382-418.

NOTA INTERNACIONAL

Dramático balance de un año

El año que acaba de morir ha sido sombrío para el mundo civilizado. Pocos acontecimientos venturosos se registran en el campo de la política internacional. Y, en cambio, ¡cuántas angustias, cuántas amenazas, cuántas víctimas sacrificadas al ciego dios del odio y de la guerra!

Un conflicto que ya ha dejado de ser nacional, el que se ventila en España, adquiere en estos doce meses un grave recrudecimiento. Ello se debe, más que a otra cosa, a la impunidad con que han obrado los agresores por haberse debilitado el principio de la seguridad colectiva. La desdichada política de la No Intervención, fracasada desde el primer momento, alcanzó el año 1937 su fase más sarcástica. Los intervencionistas, sin reparar en compromisos, se han dedicado a acumular infracciones a ciencia y paciencia de las potencias democráticas. Fué burlado el control naval, violados los convenios que prohíben la recluta de voluntarios y mantenida la piratería, a pesar de la Conferencia de Nyon. La doblez de las naciones fascistas se ha sostenido con cinismo sin igual hasta hacer posible la presencia en territorio español de los ejércitos italo-alemanes, mientras en el Comité de Londres, los diplomáticos de Hitler y Mussolini especulaban con una supuesta neutralidad. La guerra se prolonga en España con una prima para el fascismo por haberse permitido la intervención extranjera a favor de Franco, mientras al Gobierno legítimo de la República se le limitan sus medios de defensa. No se le ha dejado al pueblo español que liquidase una sublevación armada contra sus instituciones políticas; al contrario, se le ha obligado a afrontar una guerra contra tres Estados que ensayan en nuestro territorio su poder militar y buscan, además, bases estratégicas decisivas para la guerra de mañana. La farsa de la No Intervención se está transformando en el gran drama europeo. A lo largo de estos meses, tanto Francia como Inglaterra, han podido darse cuenta de que la intervención de los Estados totalitarios en España amenaza también sus intereses en el Mediterráneo. Pero el mantenimiento de la política de la No Intervención, que no asegura la paz, sino

que estimula la guerra, sólo ha servido para ensoberbecer al fascismo, que estrecha sus alianzas políticas a base de tratados secretos.

El negocio de España ha sido la base real del eje Berlín-Roma, así como de la guerra del Extremo Oriente nació el eje Roma-Berlín-Tokio. Los Estados fascistas explotan el pacto anticomunista para establecer acuerdos de agresión militar y al mismo tiempo abrir brecha en las relaciones de los países democráticos. Mientras el Japón invade China con la complacencia de Alemania y de Italia, y amenaza a la U. R. S. S., Italia y Alemania maniobran en Occidente para dividir al adversario y preparar el ataque a fondo. La invasión de China es otro episodio vergonzoso del calendario político contemporáneo. Más vergonzoso por haberse perpetrado en zonas internacionalizadas y con objetivos de conquista militar y monopolio económico. Tanto en China como en España, el fascismo ha ensayado por primera vez la guerra total, la destrucción de las poblaciones inermes donde seres inocentes son sacrificados a la vesanía totalitaria.

Los menos optimistas pensaban asistir en este año de desventuras a una reacción salvadora del espíritu democrático. Pensaban que el peligro común juntaría en un bloque compacto a los pueblos que no han perdido la cabeza y tienen ante los problemas del mundo una posición moral. No hemos podido conseguirlo. Las guerras parciales alimentadas por el fascismo han destruido el principio de la seguridad colectiva y, en vez de restablecerlo con gesto enérgico, aquellos Estados que se mantienen fieles a la paz han intentado tratar con los agresores cuya soberbia crece cada día. No hay que perder, sin embargo, la esperanza. El imperialismo quizás ha ido demasiado lejos. El frente de los dictadores está hecho, y el instinto de conservación de las democracias exige que ellas hagan también el frente de la paz, afrontando incluso el peligro de la guerra. Lo que no se ha logrado en 1937, puede que se consiga en el año que ahora empieza precedido de una aurora de sangre.

El frente de los dictadores está hecho, y el instinto de conservación de las democracias exige que ellas hagan también el frente de la paz, afrontando incluso el peligro de la guerra.

gen las circunstancias. El 7 de marzo de 1935, al ocupar de nuevo la orilla izquierda del Rhin, «neutralizada», el Gobierno de Berlín había afirmado: «Como quiera que la paridad de derechos de Alemania y el restablecimiento de su plena soberanía sobre todos los territorios del Reich son desde ahora un hecho consumado, el Gobierno alemán considera suprimida la principal razón que la había movido a salir de la Sociedad de Naciones, y está, por tanto, dispuesta a reingresar en ella. Nuevo hecho, nuevo contrato. Desde el éxito del Japón, el estilo ha cambiado. El 12 de diciembre de 1937, menos de dos años después, el Gobierno del Reich declara que ya no hay que contar con esa vuelta. Tiene otros designios, que, esta vez, apuntan a las colonias, a la Eu-

ropa Central y Oriental. Roma y Berlín desafían a los pueblos democráticos, a los Gobiernos «enanos», a los buques franceses, ingleses y norteamericanos son blanco de los ataques japoneses. Evidentemente puede estimarse que la situación, que siendo normal, a pesar de los incidentes y accidentes, puesto que nadie ha declarado en parte alguna la guerra. La opinión francesa se niega a inquietarse. Un parlamentario de vanguardia me decía antes en los pasillos de la Cámara: «Los campesinos de mi región—sus electores—se preguntan si no les ha atiborrado la cabeza de mentiras. Briand no se equivocaba, si no por razón «Franklin». Sin comentarios. Vuelvo a mi reciente frase: «El día siguiente despierta».

(«Mañana», Barcelona, 2-1-38)

RIVALIDAD DE PRINCIPIOS

Frente a la doctrina humana universal, base del carácter indomable de la raza hispana

El tradicionalismo insurrecto glorifica a Menéndez Pelayo, enemigo de la corriente exótica importada por Falange.

La llamada Junta Técnica del Estado, de Salamanca, ha incorporado al movimiento insurreccional español al gran polígrafo Menéndez Pelayo, y en el texto del decreto en que se da oficialidad a aquel acuerdo, se dice literalmente: «Menéndez Pelayo fué el gran profeta de la cruzada nacional que hoy llevamos a cabo. Sin la rehabilitación del pensamiento y de la ciencia españolas, de las cuales él fué artífice, es posible que nuestro movimiento no hubiera podido efectuarse...»

En efecto, Menéndez Pelayo, de tradicionalismo absoluto, mantenía el principio de continuidad histórica a través de los siglos y este espíritu de la España eterna, él lo encontraba en la conciencia religiosa, en el culto de las Humanidades. Y fué enemigo abierto de las tendencias renovadoras del 98, durante el que se iniciaron campañas de las que fueron propulsores Joaquín Costa, de quien es la frase: «¡Cerremos con triple llave la tumba del Cid!». Y Unamuno, cuando grita: «¡Abajo Don Quijote!».

Unamuno, que le conocía muy bien, dijo que: «Los abismos de la filosofía, el misterio angustiador del destino humano, eran para Menéndez Pelayo causa de terror insuperable», y añadía: «buscó en la religión una especie de derivativo, de anestésico...» Su obra es, por tanto, literaria e histórica, no filosófica. Por eso, Menéndez Pelayo fué un incansable adversario del sistema filosófico de Friedrich Krause, importado de Alemania por Sanz del Río.

El principio de unidad de Menéndez Pelayo, la fe religiosa que profesaba, su tradicionalismo, su reacción contra todo sentido filo-

sófico y su odio contra todo exótico, ha servido para que ahora, alfonosinos, tradicionalistas, Acción Española y otras organizaciones derechistas en España rebelde, le glorifiquen.

Pero esa consagración hecha por la Junta de Salamanca, cierra, sin duda, una discordancia que mal podría compaginarse entre requetés y falangistas; el autor de los más exaltados estudios de la historia hispana, enemigo recalcitrante de exotismo y los seguidores de otra corriente «krausista» o «modernista», que, siendo esencialmente las ideas libertadoras de la República, ha quedado ahora perituida, convertida en banderola extranjerizada, alemana o italiana del nacional-socialismo llamado español.

La diferencia espiritual de los que tratan de vincularse en la jefatura única de la España tradicionalista queda bien sentada por eso Franco, que unas veces viste lacamisa azul y extiende el brazo, aparenta en ocasiones ribetes tradicionalistas en su incompatibilidad fundamental entre las dos razones de la reacción que difícilmente podrían amalgamarse en España: el tradicionalismo y hostilidad de Menéndez Pelayo a la introducción de ideas extranjeras; y el modernismo importado de Falange, que niega de la tradición para pasar sin inquietud a los mandatos de un César o de un Atila, pero careciendo ambos de un fondo cultural universal, humano y de libertad, que tuviera por base el carácter indomable de la raza y las circunstancias de su historia, asimiladas en esencia por el Gobierno de la República española.

El durmiente despierta

Mientras las democracias occidentales buscan paliativos a la situación, los fascismos apuntan a las colonias, desafían a los pueblos y bombardean buques

En un artículo publicado en «L'Ere Nouvelle», estudia Albert Milhand el plan común forjado y puesto en práctica por las tres naciones—Alemania, Italia y el Japón—que se han separado de la Sociedad de Naciones.

Tratan, dice al escribir, de dar fin a la existencia de dicha Sociedad. La Gran Bretaña quiso oponerse a este propósito claramente manifestado, tratando de atraer a Berlín a las márgenes del Leman, pero la reciente nota alemana, precisa y contundente, pone término a estos deseos.

Para darse cuenta de la importancia que se atribuía en Inglaterra a la vuelta eventual a Ginebra de las potencias «desfallecientes»—agrega Albert Milhand—basta con releer un reciente artículo, muy significativo, que el vizconde Samuel—sir Herbert Samuel—ha dedicado recientemente a Alemania e Inglaterra.

El ex ministro británico preconizaba la reforma de la Sociedad de Naciones y la revisión del Tratado de Versalles.

Según él, debía ser suprimida la cláusula referente a las responsabilidades de la guerra y debería, también, intentarse un acercamiento entre Berlín y Moscú.

El parlamentario y ex ministro del Interior inglés terminaba:

«Si esto se realizase, podría serles posible, a Alemania y a otras poten-

cias, la vuelta a la Sociedad de Naciones. Y ésta podría volver a trabajar útilmente por la paz y el progreso de las naciones.

Pero—añade el comentarista de «L'Ere Nouvelle»—frente a estas opiniones se alza la realidad.

Mussolini, de acuerdo con el Gran Consejo Fascista y con la muchedumbre romana, ha respondido que no quedaba otro camino que salir de la Sociedad de Naciones, y la Alemania oficial ha acentuado la repulsa, afirmando, con voz estentórea, que «nunca se podrá volver a contar con el retorno de Alemania a Ginebra». El Japón, dueño de Nankin, al cañonear los barcos norteamericanos e ingleses en el Yag-Tsé-Kiang, demostraba—excusas diplomáticas aparte—que no es partidario de los arreglos.

En resumen: el mundo se encuentra ante un estado de cosas y un estado de espíritu que los demócratas de todos los países, y principalmente los franceses, deben mirar de frente. La verdad es preciso mirarla así:

En los medios parlamentarios de nuestro país se empieza a ver la gravedad del peligro.

Y en los Estados Unidos y en la Gran Bretaña empiezan a sentir, si no la repercusión de los acontecimientos que se desarrollan en Europa, sí la repercusión que tienen en Asia.

Mr. Roosevelt ha protestado, en un mensaje personal dirigido al emperador del Japón, contra el acto inaudito del bombardeo de tres vapores americanos echados a pique por los japoneses al mismo tiempo que el navío «Panay». El almirante japonés ha presentado sus excusas al almirante norteamericano que manda la flota del Yang-Tsé-Kiang. Mr. Eden ha asegurado a la Cámara de los Comunes, a propósito de los ataques de que han sido objeto los navíos ingleses, que los Gobiernos de Londres y Washington estaban en consultas sobre el caso. Es probable que Francia, que también ha sido tratada de mala manera, una su voz a la de las otras dos potencias. Pero el Japón, cuya cortesía es proverbial, presentará sus excusas, sin poner freno a sus hazañas en Asia. ¿Quién va a contenerle entonces? Se busca quien pueda ser. No se le ve. Mientras el Japón tiene en suspenso a los anglosajones en Asia, ¿no se desencadenará en Europa «el otro peligro»? Italia, se dice, se encuentra demasiado ocupada en África para no estar condenada a la prudencia en Europa. ¡Eso es lo que habrá que ver! Pero en nuestro continente, la actividad de Alemania es cierta. Alemania se cree dueña de jugar su partida, a su hora, procediendo por etapas, progresivamente, conforme a un plan que va dando a conocer por partes, según lo exi-